

“Scientia Scientiae Lupus”
(Utrum Sancta Sindone Praeambulum Scientialis Fidei Sit)

de *Christián C. Carman**

Collegamento pro Sindone Internet - Junho 2004

© Todos los derechos reservados

“Se desearía, para que un milagro
fuese bien comprobado, que fuera
hecho en presencia de la Academia de
Ciencias de París”

Voltaire

(Dictionnaire Philosophique , 1764)

Introducción

Cuando el jueves 13 de octubre de 1988, el Arzobispo de Turín, Cardenal Anastasio Ballesterio, con una inocultable tristeza en su rostro anunció públicamente que –según los resultados de la datación mediante el método del Carbono 14 (^{14}C) realizada por tres prestigiosos laboratorios por él autorizados– la Sábana Santa o Síndone de Turín era un lienzo medieval producido entre los años 1260 y 1390, muchos sonrieron triunfantes y muchos otros palidieron ante la evidencia de un sueño concluido, pero todos aceptaron la fría e incuestionable sentencia de la ciencia: la Sábana de Turín no era la Sábana Santa, no era la mortaja que había cubierto el cuerpo de Jesús durante su sepultura, sino una falsificación medieval. La ciencia, una vez más, había desbaratado una creencia popular, había vencido a la fe.

En el presente trabajo me propongo demostrar que, *en el estado actual de las investigaciones, es mucho más razonable científicamente modificar algún aspecto de las teorías implicadas en el funcionamiento de la datación del ^{14}C a fin de hacerlo compatible con la autenticidad de la Síndone que aceptar la no autenticidad de la Sábana a partir de la datación de 1988.* Esta tesis, que en principio parece prácticamente absurda de tan fideista, intentaré probarla a partir algunas reflexiones epistemológicas. Luego de una inicial aclaración metodológica, haremos un breve repaso de la historia y los argumentos científicos relacionados con la autenticidad o no de la Síndone, para luego demostrar la tesis y cerrar con algunas impresiones personales.

*UNQ-CONICET-CIFIBA - Universidad Nacional de Quilmes - Argentina

Aclaración metodológica

No es nuestra intención analizar científicamente las pruebas que se han dado a favor y en contra de la Síndone. El problema de la autenticidad o no de la Síndone está plagado de intereses nobles y no tanto que vierten en la información disponible una razonable cuota de duda. A esta altura de nuestras investigaciones es imposible discriminar con certeza qué es auténtico y qué no, qué resultados son verdaderos y cuáles falsos, qué experimentos realmente se han realizado y cuáles no. El método que utilizaremos será el siguiente: consideraremos auténtica toda conclusión contra la cual el lado contrario propone un contraargumento, pues ello supone la aceptación de la conclusión. Así, por ejemplo, si se afirma que la Sábana es un típico lienzo egipcio del siglo I y los opositores afirman que, sin embargo, en la edad media alguien podría imitar dicho lienzo, supondremos metodológicamente verdadero que se trata de un lienzo del tipo que realizaban los egipcios en el siglo I. Si bien, evidentemente, se corre un riesgo con este método, creemos que es lo suficientemente imparcial.

Historia y principales investigaciones

La Síndone es un lienzo de lino rectangular, de 436 por 110 centímetros, actualmente se guarda en Turín (Italia). Sobre un mismo lado de la tela están impresas, tenues y confusas, las imágenes frontal y dorsal de un hombre, de tamaño natural, unidas en la parte de la cabeza, de tal manera que los pies están ubicados en los extremos de la tela. Aparecen también manchas de sangre.

El primer testimonio histórico cierto de su existencia se remonta a 1389 cuando el obispo de Troyes, Pierre d'Arcis, declaró que la Sábana Santa era un fraude y prohibió su veneración, el Papa de aquel entonces poco después lo desautorizó. Al menos desde esa época y hasta mediados del siglo XV estuvo en Lirey (Francia). En 1453 fue cedida al ducado de Saboya en Chambéry, Francia. En el año 1506, el Papa otorgó a la Sábana Santa una fiesta especial, aprobando una liturgia para la Santa Misa y el Oficio Divino. En el año 1532 (estando aún en Chambéry) sufrió un pavoroso incendio que le dejó marcas permanentes, pero milagrosamente no se llegó a perder. Las hermanas Clarisas pusieron parches en las quemaduras en 1534. Al trasladar su capital a Turín en 1578, los Saboya llevaron allí la Sábana Santa. Desde el año 1694 es custodiada en la capilla que Guarino Guarini construyó entre la Catedral y el Palacio Real de Turín. Desde el 18 de octubre de 1983, la Sábana Santa es propiedad de la Santa Sede, dejada en herencia por Humberto II de Saboya al Papa. En la noche del 11 al 12 de abril 1997, la Sábana otra vez escapó a un incendio. Un bombero, Mario Trematore, pudo quebrar con un hacha el vidrio antibalas que protegía el Santo Lienzo y así, rescatarlo. En los últimos cuatro siglos la Sábana Santa ha sido expuesta varias veces; las ostensiones más recientes son las de 1978, para celebrar los 400 años del traslado a Turín, y la de 1998 (centenario de las primeras fotografías de la Sábana). La última vez que ha sido presentada al público fue en el año 2000, con motivo del jubileo.

Del 25 de mayo al 2 de junio de 1898, se expuso la Sábana Santa en Turín y el abogado Secondo Pía, aficionado a la fotografía, consiguió autorización para fotografiar, por primera vez en la historia, al Santo Lienzo. Al revelarlas descubrió que el negativo de las fotografías corresponde al positivo de una imagen real. Es decir, la imagen impresa en la Sábana es el negativo de una imagen real. Luego se han tomado muchas fotografías y todas revelaron lo mismo.

Apenas aparecieron las fotografías de Secondo Pía, el Dr. Yves Delage (1854-1920), profesor de anatomía comparada de la Sorbona y anatomista patólogo de la Academia de Ciencias, conocido ateo, se propuso investigarlas con lupa y microscopio a fin de demostrar su falsedad. Pero, luego de minuciosos análisis, terminó concluyendo que la imagen impresa era la del cadáver de un hombre que había sufrido un suplicio exactamente igual al descrito por los Evangelios. El 2 de abril de 1902 decidió dar una conferencia en la Academia de Ciencias de París ante una gran cantidad de conocidos científicos. Pero, luego de explicar que el hombre de la Sábana había sido crucificado, azotado, coronado de espinas, clavado de manos y pies y herido en su costado, que la sangre era real y las heridas también lo eran, y otros detalles más, en el instante en que afirmó "*El Hombre de la Síndone es Cristo*", se levantó un murmullo de desaprobación que fue creciendo hasta convertirse en puños amenazantes. Mientras Delage se retiraba juntando tranquilamente sus papeles, el secretario de la Academia, Marcelin Berthelot, le decía: "*Monsieur Delage, asumo la responsabilidad personal de que en las Actas de esta Ilustrísima Academia no quede constancia del nombre que Ud. ha pronunciado relacionándolo con la tela de Turín*".

Delage y las investigaciones forenses posteriores han mostrado un sinnúmero de coincidencias entre las marcas que aparecen en la Sábana y la crucifixión de Cristo narrada por los Evangelios. Mencionaremos sólo algunas. Las manchas de Sangre corresponden a sangre humana de un varón, todas las manchas del cuerpo corresponden a sangre derramada cuando todavía estaba vivo, no así la del costado, que es sangre (y suero) emanada después de muerto. La herida está en el costado derecho (y no en el izquierdo como suponía la tradición), pero los soldados romanos solían clavar la lanza al corazón entrando por el lado derecho que era el dejado al descubierto (*latus apertus*) por quien se cubría con su escudo sostenido por la mano izquierda. Se han contado 120 huellas de azotes que coinciden en forma y tamaño con las que podrían haber producidas por dos personas distintas azotándolo con el *fragrum*, azote romano utilizado con Cristo. Tiene el pie izquierdo encogido, manteniendo la posición que seguramente tenía en la cruz, aparentemente es una prueba del *rigor mortis*. Se trata de un cadáver que no ha estado muerto más de 36 horas, pues no presenta signos de descomposición. En la zona de los omóplatos se advierten heridas por cargar el madero (sólo el palo horizontal). Las heridas de la cabeza, producidas por la corona de espinas, tienen forma de casco como, a pesar de la tradición que la imagina en forma de bincha, podría haber sido la corona. Las heridas de la mano

están en la muñeca y no en la palma y el lugar coincide exactamente con el espacio de Destot, el único donde podría pasar un clavo de las dimensiones de los usados por los romanos y sostener un cuerpo suspendido. Los pulgares están encogidos, lo que debería suceder por los nervios dañados al atravesar el clavo por el espacio de Destot. Los hilos de sangre suponen que el cuerpo sangró en posición vertical y luego fue colocado en posición horizontal. Hay pequeñas gotas de sangre por todo el cuerpo, excepto en la zona del corazón, lo que coincidiría perfectamente con el haber sudado sangre. Y, lo más llamativo, las marcas de sangre no muestran ningún signo de que el cuerpo haya sido retirado (arrancado) de la Sábana. Parece como si hubiera desaparecido.

En una de esas muestras fotográficas, en los años '70, Max Frei, sabiendo que había controversia acerca de la datación de la Sábana, pidió permiso para investigarla. Max Frei era un botánico suizo, especialista en palinología (estudio del polen), que se hizo famoso por sus trabajos para resolver casos policiales mediante estudios de polen. Fue fundador y director del laboratorio científico que la policía suiza tiene en Neufchâtel, y también fundador del laboratorio análogo alemán de Hilstrup. Entre sus investigaciones más conocidas se cuentan la del accidente de aviación que costó la vida al Secretario de las Naciones Unidas Dag Hammarskjöld, y la del rastreo de la procedencia de las armas de la organización terrorista italiana Brigadas Rojas. El entonces arzobispo de Turín, Cardenal Pellegrino le permitió tomar muestras, ayudado por un profesor italiano de su confianza.

Durante los exámenes de las cintas, Max Frei encontró polen de plantas de Europa Occidental (Francia e Italia del Norte) que confirmaba que la Síndone había estado expuesta en Europa. Pero encontró también polen de plantas que sólo crecen en Palestina y muchas de las cuales se habían extinguido alrededor de hace dos mil años, concluyendo, entonces, que la Sábana había estado en Palestina hace dos mil años.

Max Frei fue uno de los prestigiosos científicos que integraron el famoso STURP (Shroud of Turin Research Project). Este proyecto de investigación tuvo acceso durante 120 horas ininterrumpidas a la Sábana Santa a partir del 8 de octubre de 1978. Lo integraban 36 científicos entre los que se contaban físicos, bioquímicos, forenses, patólogos, especialistas en microfotografía y representantes de la Nuclear Technology Corporación de Estados Unidos. Luego de 7 años de investigaciones, en 1985, enviaron una comisión para informar al Cardenal Ballesterio. Los investigadores de la STURP detallaron las características de la misteriosa imagen. En primer lugar la *tridimensionalidad*, es decir la intensidad del colorido de las imágenes es inversamente proporcional a la distancia que separa en cada punto la tela del cadáver fotografiado. Pudo así reconstruirse la imagen en tres dimensiones. Pero también la *pormenorización* (la imagen se presenta meticulosamente detallada), *estabilidad térmica, hidrológica y química*, la *ausencia de pigmentación* (no existe pigmento alguno conocido), y de *direccionalidad* (lo que

produjo no actuó direccionalmente como sucede en las pinceladas de una pintura) y *no hay coloración* detrás de las manchas de sangre.

Al reconstruir la imagen en tres dimensiones, notaron un pequeño bulto extraño en cada uno de los ojos. El sacerdote jesuita Francis L. Filas empezó a investigar con detalle la zona de los ojos y detectó sobre el ojo derecho una figura en forma de bastón y cuatro letras mayúsculas: "Y CAI". La figura representaba un cayado que utilizaban los romanos, llamado *lituus* y las cuatro letras podían ser parte de la leyenda de una pequeña moneda de bronce que ostentaba igualmente el *lituus*. Se pensó que se trataba de un "leptón" acuñado por Poncio Pilatos en los años 29 y 32 de nuestra era, pero había un serio problema: una de las letras identificadas no coincidía con las leyendas de las piezas conocidas de monedas judías, pues donde debía estar una Kapa griega había una Ce latina. Las leyendas de los leptones de Poncio Pilatos, en efecto, eran las siguientes: TIBEPIOY KAISAPOΣ ("Tiberio César", en griego). El Padre Filas conjeturó que podría tratarse de un error de acuñación donde, en vez de colocar la K griega, habrían colocado la C latina y buscando entre coleccionistas encontró tres ejemplares con ese error de acuñación. Una situación parecida se ha presentado con una moneda en el ojo izquierdo. Hasta el momento, sin embargo, no se sabía que los judíos enterraran a sus muertos con monedas en los ojos, sin embargo, junto al Mar muerto en En-Boqek se encontró al lado del cráneo en un esqueleto dos monedas romanas del emperador Adriano (132 - 135). Luego hubo otros descubrimientos parecidos.

Finalmente y para concluir esta introducción donde la comenzamos, el 21 de abril de 1988 se recortó una tira marginal de siete centímetros de largo por uno de ancho de la Sábana y fue dividida en tres secciones entregadas a los laboratorios de Oxford, Tucson y Zurig. Los resultados ya los conocemos.

Desarrollo

Objetividad del creyente

En primer lugar debemos notar lo siguiente. Se ha utilizado hasta el hartazgo la falacia *ad hominem* para descalificar a todo aquel que, siendo creyente, quisiera investigar la Sábana Santa como si, por su condición de creyente, hubiera ya aceptado la autenticidad de la Sábana y lo único que intentara fuera defenderla. Pero, no sólo el creyente puede ser objetivo (en esta cuestión como en todas) sino que, en este caso en particular, en principio, tiene todas las condiciones para ser más objetivo que el no creyente y es a éste a quien, en realidad, le cuesta mucho más una objetividad absoluta. Para el creyente, en efecto, no es una cuestión de fe la autenticidad de la Sábana. Ciertamente alguna Sábana envolvió el cuerpo de Jesús y fue testigo de su resurrección pero nada en la fe obliga (ni siquiera invita) a creer que la Sábana Santa es, de hecho, la Sábana que se venera en Turín. Su fe no cuelga de la autenticidad de la Sábana turinense y, por lo tanto, puede aceptar sin dificultad cualquiera de las dos posibilidades. Al no creyente, en cambio, no le es tan indiferente la cuestión porque difícilmente podría mantener su ateísmo con la

misma fuerza si la Sábana llegara a ser auténtica y no pudiera explicarse la imagen en ella impresa sino como una especie de radiación producida por el cadáver de Jesús de Nazaret, crucificado, luego de alrededor de 36 horas de muerto, en el instante en que desapareció.

Tautología para la fe, contradicción para la ciencia

Es importante notar, también, que sólo por ignorancia o malicia puede plantearse la cuestión de la autenticidad de la Síndone como una de las tantas luchas entre ciencia y fe donde, como siempre, aquella termina venciendo. Si se lo mira con cierto detalle no puede otra cosa más que reconocerse que la fe está absolutamente a salvo y que, la cuestión de la autenticidad o no pone en jaque justamente a las ciencias. En efecto, para la fe es indiferente que la Sábana sea auténtica (P) o no lo sea (-P). Es decir, la fe sostiene: $P \vee \neg P$. Las ciencias, en cambio, sostienen una contradicción que ellas deben resolver; son ellas las que sostienen que la Síndone es y no es auténtica ($P \cdot \neg P$). Si nos guiamos por la palinología, la iconografía, la medicina forense, la numismática, etc. debemos sostener P, pero si nos guiamos por la poderosísima física debemos sostener $\neg P$. Hay una contradicción científica que la ciencia debe resolver. Es ella la que tiene el problema.

Y si se desea relacionarla con alguna creencia meta-científica, no es con la fe, como ya hemos dicho, con la que entra en conflicto, sino con el ateísmo. Es la fe del ateo la que es puesta en jaque por ciertas conclusiones científicas. Tal vez ello explique el increíble interés que ha despertado la Sábana entre los científicos no creyentes, absolutamente desproporcionado respecto de muchos otros milagros.

Popperianismo ingenuo

Alguno, en una especie de *popperianismo ingenuo exagerado*, podría argumentar de la siguiente manera: en realidad no hay ningún conflicto dentro de la ciencia. Ninguna de las pruebas a favor es concluyente, pero sí lo es una prueba en contra pues basta un caso desfavorable para demostrar la falsedad. Podrá explicarse de otra manera cómo surgió el polen, quién puso allí las monedas, cómo se formó la imagen pero, si es de la edad media, no puede ser la Sábana de Cristo. Ahora bien, en realidad, un caso negativo es suficiente sólo en un razonamiento inductivo, cuando uno pretende establecer una proposición universal a partir de casos particulares. Allí sí tiene sentido decir que observar mil cuervos negros no permite concluir que todos los cuervos lo son, pero observar uno blanco obliga a aceptar que no es verdad que todos los cuervos son negros. El caso de la Sábana, en cambio, no tiene nada de inductivo. De una teoría científica, la palinología, se sigue que la Sábana es del siglo I, de otra teoría científica, la que propone el carbono 14, se sigue que la Sábana no es del siglo I. Allí hay una franca contradicción que la ciencia debe resolver. Queda claro que, aún dejando de lado absolutamente la fe, hay una contradicción genuinamente científica. Por eso, en este caso, no es la *scientia fidei lupus*, sino la *scientia scientiae lupus*.

No es, por supuesto, un problema con el que nunca ha debido enfrentarse la ciencia; es, más bien, su dinámica habitual, pero debe concederse que, mientras no logre resolverlo, de ninguna manera puede negar (ni afirmar) la autenticidad de la Sábana. Para verlo con más detalle, aclaramos algunas cuestiones epistemológicas.

Teorías y hechos

¿Cuál es la relación que puede tener una teoría con un hecho particular? En un principio son los hechos los que juzgan a las teorías y no las teorías a los hechos. Así el haber corroborado que todos los cuerpos caen en la superficie de la Tierra con determinada aceleración (hechos) nos ha permitido proponer una ley (ley de caída libre) y una teoría que la explica (leyes de Newton). Si los hechos hubieran mostrado otra cosa, otra sería la teoría. En esta primera etapa, entonces, son los hechos los que juzgan a la teoría.

En un segundo momento, una vez que la teoría ha sido suficientemente corroborada, es lícito predecir hechos, es decir, atribuirles características a partir de la teoría. Podemos, por ejemplo, predecir un eclipse o a qué hora saldrá el Sol, o cuáles son los siguientes síntomas de tal enfermedad. Y esto puede darse en tres situaciones distintas.

La primera es aquella en la que *no es posible ningún control* del hecho independiente a la teoría, y en estos casos no hay razones para dudar de lo que la teoría ha establecido. Por ejemplo, no hay ninguna razón para pensar que, en la superficie de Júpiter, los cuerpos se comportarán de una manera que no respete las leyes de Newton. Mientras no tengamos razones para dudar de la teoría, no las tenemos tampoco para dudar de su predicción. Aquí la teoría juzga al hecho. Pero claramente no es ésta la situación en la que se encuentra la datación de la Sábana Santa porque, independientemente de la técnica del ^{14}C , puede deducirse su datación de, por ejemplo, la palinología.

La segunda situación se da cuando existe la posibilidad de algún tipo de *control externo* a la teoría *a través de la observación directa*. Tal es el caso de un eclipse: la teoría lo predice, pero también puede observarse a simple vista. Aquí, siguiendo a Aristóteles, hay que respetar “la evidencia siempre soberana de la percepción sensible” (De Caelo, III, 7.) y, si lo predicho por la teoría no concordara con la observación, habría que revisar la teoría. Aquí el hecho juzga la teoría. Pero tampoco éste es el caso de la Síndone, pues no es posible una observación directa de la edad de la tela.

La tercera situación es aquella en la que el hecho juzgado por una teoría, es también juzgado por otra distinta y, en principio, independiente. Un caso famoso de esta situación es el de la datación del universo a partir de la teoría del Big Bang. Las primeras dataciones daban que el Universo era más joven que la Tierra (según la datación de la Geología)¹. Había una clara contradicción entre las consecuencias

¹ Cfr. Sanguineti, J.J., *El origen del universo*, EDUCA, Buenos Aires 1994, pp. 126-127.

de dos teorías. Finalmente algunas correcciones en la del Big Bang hicieron los datos compatibles. Aquí, las teorías tienen que analizarse detalladamente para resolver la incoherencia. Y tal es el caso, justamente, de la datación de la Sábana Santa.

Alguno podría objetar que, si bien hay una contradicción entre dos teorías, como la ciencia trata de lo universal y no de lo particular, que haya un único dato conflictivo de un único lienzo en toda la historia no debe preocuparle a la ciencia y puede seguir su marcha tranquila. Después de todo, como dice Lakatos, todas las teorías nacen en un mar de anomalías.² Ciertamente puede seguir tranquila su marcha, pero si hacerlo significa dejar de lado la datación de la Sábana Santa, implica reconocer que, en este caso, al menos hasta ahora, se trata de un objeto que escapa a las posibilidades de la ciencia. Así, por lo menos, la ciencia debería callar respecto de la autenticidad de la Sábana Santa.

Pero este paréntesis científico no es lo más recomendable,³ pues justamente la ciencia avanza cuando se enfrenta con valentía a casos (muchas veces únicos) que no respetan las teorías. Tal es el caso del perihelio de Mercurio. El mal comportamiento de Mercurio respecto de la física de Newton ya era conocido por el mismo Newton, sin embargo jamás pudo explicarse desde esa teoría, hubo que esperar a la teoría de la Relatividad para dar cuenta de él. Era un solo planeta el que se portaba mal. Incluso el mal comportamiento de otros planetas habían logrado explicarlos con éxito –con un éxito increíble– sin alterar la teoría de Newton.⁴ Pero este solo terminó derribándola. ¿No puede acaso la Sábana Santa derribar la física atómica?

Por supuesto que no es necesario modificar toda la teoría para hacerla compatible con el hecho de la autenticidad de la Sábana. Tal vez pueda modificarse alguna hipótesis auxiliar o alguna condición inicial. Así sucedió, de hecho, con el caso de la datación del universo donde fue suficiente con modificar una constante. La datación del ^{14}C depende de la proporción entre ^{12}C y ^{14}C en la atmósfera en la época y lugar que vivió el datado, y también supone que la proporción de la atmósfera es semejante a la del datado, etc. Alguna de estas u otras hipótesis auxiliares podría estar equivocada.

En resumen, a la ciencia le quedan dos posibilidades, o reconocer que la Sábana de Turín es un objeto meta-científico y no volver a hablar de ella, o comenzar una

² Lakatos dice que cuando surgió el programa de investigación newtoniano “se encontraba inmerso en un océano de anomalías y en contradicción con las teorías observacionales que apoyaban a tales anomalías” I. Lakatos, *La metodología de los programas de investigación científica*. vol. I. Alianza, Madrid 1983, p. 66.

³ Sin embargo, hay que tener en cuenta que si realmente fuera un hecho milagroso –y por lo tanto violara una ley natural– sería más provechoso para la ciencia dejarlo de lado porque, de asumirlo y buscar una teoría que lo incorpore, estaría incorporando en su sistema un hecho no natural.

⁴ Cfr. Holton, *Introducción a los conceptos y teorías de las ciencias físicas*, 2da. edición, Reverté, Barcelona 1993, p. 779.

revisión de todas las teorías, hipótesis, etc. implicadas en las dataciones y, hasta no encontrar la causa de la contradicción y llegar a un veredicto coherente, suspender el juicio respecto de la Sábana. Pero sea cual sea el camino emprendido por la ciencia, por ahora, debe callar. Queda entontes probada la tesis propuesta: en el estado actual de las investigaciones, es mucho más razonable científicamente modificar algún aspecto de las teorías implicadas en el funcionamiento de la datación del C₁₄ a fin de hacerlo compatible con la autenticidad de la Síndone que aceptar la no autenticidad de la Sábana a partir de la datación de 1988.

Conjeturas personales

¿No es posible, sin embargo, que en la revisión se encuentre que el error estaba en la palinología y no en el carbono 14 y que, por lo tanto, la Sábana no sea auténtica? Por supuesto que es posible. Pero, si se me permiten ciertas conjeturas personales, me atrevería a decir que, aún cuando se probara que efectivamente es de la edad media, quedarían infinitas cosas por explicar ¿Cómo se formó la imagen? ¿ha sido pintada? ¿por quién? ¿quién conocía tanto de anatomía, perspectiva, técnica de fotografía, historia de Israel, técnicas romanas, etc.? ¿con qué técnica aún hoy irreproducible la pintó?

Hume decía, en el capítulo dedicado a los milagros de su *Investigación sobre el conocimiento humano* que “cuando alguien me dice que vio resucitar a un muerto, inmediatamente me pregunto si es más probable que esa persona engañe o sea engañada, o que el hecho que narra haya podido ocurrir realmente. Sopeso un milagro en contra de otro y, de acuerdo con la superioridad que encuentro, tomo mi decisión y siempre rechazo el milagro mayor. Si la falsedad de su testimonio fuera más milagrosa que el acontecimiento que relata, entonces, y no antes, puede pretender obtener para sí mi creencia y opinión.” (Alianza, Madrid, 1997, p. 140)

¿Cuál es en este caso el milagro mayor? ¿Cuál de las hipótesis es más probable? ¿Que la Sábana sea la mortaja de Jesús de Nazaret, torturado, crucificado y que al tercer día resucitó o que un medieval conocía la circulación sanguínea (descubierta muchos siglos más tarde), la anatomía con una exactitud en esa época inimaginable, que anticipando el descubrimiento del microscopio esparció invisibles partículas de polen para que siglos después fueran descubiertas, consiguió sangre real de una persona viva para manos, pies y otras heridas y la misma sangre pero de la persona ya muerta para el costado, sospechando que algún día podría diferenciarse, conocía técnicas fotográficas, etc., etc.? A este genio medieval, sin embargo, ¿no se le ocurrió buscar un lienzo antiguo, sino que realizó su obra en uno nuevo? Parece más sencillo suponer que un hombre-Dios pueda resucitar a suponer que un hombre pueda saber tanto (y, sabiendo tanto, se le escape el detalle de la edad del lienzo). Sea como sea debemos reconocer la presencia de un ser suprahumano. Será Jesús de Nazaret si la Sábana es auténtica o será el genial autor de la Sábana, si es falsa.

Por eso, parafraseando a Santo Tomás, podríamos decir: si dices que la Sábana Santa no es un milagro, afirmo que no hay mayor milagro que la existencia de una Sábana tal que, sin embargo, no sea producto de un milagro.⁵

Conclusión

Por un lado creemos que queda demostrado que se trata de un problema estrictamente científico y lo único que muestra es una inconsistencia interna a la ciencia y no una de la fe. Y, tal vez, un desafío interesante al no creyente.

Por otro, creemos que no cabe duda de que la hipótesis, exclusivamente científica, que afirma que el lienzo de Turín es el que envolvió durante la sepultura el cadáver de Jesús de Nazaret, flagelado y crucificado como narran los Evangelios, durante alrededor de 36 horas y luego el cadáver, en el instante en que emitió una radiación que imprimió la figura en la Sábana, desapareció, es la que más hechos explica, la más científica. Por supuesto que esto no es una confirmación científica de la fe. No podría haberla. No dice que Cristo fuera Dios, ni que resucitó. Pero resulta interesante analizar este hecho como una especie de *praeambulum scientialis fidei*, un preámbulo científico de la fe. La ciencia nos conduce hasta el límite de la fe: nos afirma que el cuerpo de Jesús desapareció emitiendo una fuerte luz. La fe nos dice: “¡El Señor ha resucitado!” Así como los preámbulos tradicionales, filosóficos, muestran a la vez la armonía entre fe y razón y la limitación de la razón humana, así estos preámbulos científicos mostrarían una armonía entre lo que la ciencia conoce de la Sábana y lo que los Evangelios narran y, a la vez, el límite de la ciencia que, ante algunos datos, no puede más que callar. Y si, como Gilson dice, en estas épocas tan poco metafísicas no es justo pedirle a la filosofía demostraciones concluyentes de la existencia de Dios,⁶ tal vez pueda delegársele a la ciencia la tarea, no de una demostración, pero sí de ofrecer algunos preámbulos que sean movilizados para espíritus tan toscos para la metafísica, pero tan acostumbrados a la ciencia.

Finalmente, no es raro que el Señor juegue a las escondidas con el hombre, dando al mismo tiempo pruebas a favor y en contra de tal manera que, como siempre, le dé más razones al que ya cree, pero sin violentar al que no cree. Como

⁵ Dice Santo Tomás: “Si dicas, quod miracula nullus vidit fieri: respondeo ad hoc: constat enim quod totus mundus colebat idola, et fidem Christi perequebatur, sicut Paganorum etiam historiae traduntur, sed modo omnes conversi sunt ad Christum, et sapientes et nobiles et divites et potentes et magni ad praedicationem simplicium et pauperum et paucorum praedicantium Christum. Aut ergo hoc est miraculose factum, aut non. Si miraculose, habet propositum. Si non, dico quod non potuit esse maius miraculum quam quod mundus totus sine miraculo converteretur. Non enim quaerimus aliud.” (Santo Tomás, Comentario al Credo, 8) (si dices que nunca has visto un milagro, te respondo lo siguiente: consta que todo el mundo adoraba ídolos y la fe en Cristo era perseguida, como incluso la historia de los paganos atestigua. Pero de alguna manera todos se han convertido a Cristo, los sabios y los nobles, los ricos, los poderosos y los grandes por la predicación de unos pocos, simples y pobres seguidores de Cristo. O esto ha sucedido mediante la intervención de milagros o no. Si sí, entonces ahí tienes el milagro, si no digo que no puede existir milagro mayor que la conversión del mundo entero sin milagros.)

⁶ Cfr. *El Dificil Ateismo*, Universidad Católica de Chile, Santiago 1991, p. 61-62.

dice Hugo de San Víctor “Dios no quiso estar totalmente manifiesto, ni totalmente escondido a la conciencia humana” (De Sacram. L.I., P.III, c 1-2). Aunque en este caso, más razón que la moderación de Hugo parece tener el entusiasmo de San Buenaventura: “el que con tan graves voces como ellas dan no despierta, está sordo; el que a la vista de tan grandes efectos no se mueve a alabar a Dios, está mundo; y el que con tan magnos indicios no columbra la existencia del primer Principio, es verdaderamente necio.”(Itiner. I, 10-15.) Para probarlo, basta tener en cuenta el último “detalle”.

En Oviedo, España, desde por lo menos el siglo IX se conserva el Santo Sudario, un tela de 83 x 52 cm. que presenta numerosas manchas de sangre. La tradición dice que es el sudario que envolvió el rostro de Jesús. Se han hecho investigaciones y lo que parece sangre es sangre humana real.

En el siglo VIII, en la Iglesia de San Legonziano, en Chieti, Italia, en las manos de Lanciano, un monje basiliano que dudaba de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, en el momento de la consagración, la hostia se convirtió en carne y el vino en sangre. En 1970 Odoardi Linolo, profesor de anatomía e histología patológica de la Universidad de Siena, realizó análisis y concluyó que la carne corresponde al tejido verdadero de miocardio de un corazón humano y la sangre es humana.

Finalmente, tanto la sangre de la Sábana Santa, como la del Sudario de Oviedo y la del milagro de Lanciano, son del grupo AB, el más raro de todos (3% promedio mundial) pero muy común entre los judíos. El que pueda entender, que entienda.